

Immanuel Wallerstein

AIMÉ CÉSAIRE: COLONIALISMO, COMUNISMO Y NEGRITUD



EL HILO DE ARIADNA

Aimé Césaire es a la vez un poeta y un político, como lo fue su amigo de toda la vida Léopold Sédar Senghor. Si hubiera que etiquetarlo de alguna forma, tendría que ser como un *homme de culture noir*. Los hechos más destacados de su biografía son bien conocidos, pero quizá convenga recordarlos: nacido en 1913 en un pequeño municipio de Martinica, recibió su educación secundaria en Fort-de-France, de donde partió a París para ingresar en las instituciones de enseñanza más prestigiosas de Francia: en el Lycée Louis-le-Grand (donde conoció a Senghor, uno de sus compañeros de clase) para completar su preparatoria, y luego en la École Normale Supérieure.

En 1939 regresó a Martinica y allí escribió la que sería quizá su obra más famosa, el poema *Cahier d'un retour au pays natal*. Durante la guerra conoció, casi por casualidad, a André Breton, cuando éste pasó por la isla. Césaire descubrió que era un surrealista sin saberlo, y Breton descubrió que Césaire era un gran poeta, y aceptó escribir un prefacio para el *Cahier* con ocasión de su publicación. Césaire era ya una personalidad local, y el Partido Comunista Francés, del que era en cierto modo simpatizante pero no miembro, le pidió que fuera su candidato en la isla para la Asamblea Nacional Francesa. Resultó elegido y se convirtió en el principal defensor de la

“departamentalización” de la Martinica y de otras tres colonias francesas. Tras ingresar en el PCF se presentó también a las elecciones para alcalde, fue elegido y permaneció en ese puesto durante más de cincuenta años.

En 1950 escribió su *Discours sur le Colonialisme*. En 1956 fue una de las principales figuras del Primer Congreso de Escritores y Artistas Negros celebrado en París. Este congreso fue el gran momento de afirmación del concepto de negritud, del que (junto con Senghor) fue uno de los principales impulsores. Ese mismo año escribió su *Lettre à Maurice Thorez*, declarando su intención de abandonar el PCF, y dos años después creó el Partido

Progresista Martiniqués, que heredó esencialmente el electorado del Partido Comunista en la isla y que dominó la política martiniqués durante el resto del siglo XX.

Esta corta biografía recoge los tres grandes temas de su trayectoria vital: el colonialismo, contra el que combatió durante toda su vida; el comunismo, al que se adhirió por un tiempo y que abandonó de una forma tan notoria; y la negritud, que entendía como una forma crucial de combatir el colonialismo y que fue quizá el elemento clave de su ruptura con el comunismo. Su *Discours sur le colonialisme* es una gran declaración apasionada que influyó mucho en el mundo de habla francesa. Su *Lettre à Maurice Thorez* fue quizá el documento individual que mejor explicó y expresó el distanciamiento intelectual que se extendió por todo el mundo durante la década de 1960 entre el movimiento comunista mundial y los diversos movimientos de liberación nacional. Su *Cahier d'un retour au pays natal* es tal vez la mayor expresión artística de la negritud; y su mucho menos conocido *Discours sur la négritude*, que presentó como conferencia en 1987, es con toda probabilidad la defensa más seria de ese concepto, que en aquella época había acaparado muchas críticas de los intelectuales y dirigentes políticos negros.

En resumen, la trayectoria intelectual de Césaire representa la de la mayoría de los *hommes de culture noirs* durante la segunda mitad del siglo XX, y para todos nosotros es importante apreciar su fundamento, su fuerza y su lógica. Creo que hay un claro tema central que vincula todos los escritos y actividades públicas de Césaire, y que cabe relacionar, más ampliamente, con las reivindicaciones políticas y culturales de los intelectuales de todo el mundo no europeo. Se trata de la búsqueda de una igualdad genuina, que no suponga la asimilación bajo algún supuesto modelo blanco o europeo y

que permita la afirmación y la recuperación de la identidad de los que han sido históricamente oprimidos. El dilema radica en cómo llegar a ese objetivo.

Comencemos por el primer acto político importante de Césaire, la exigencia de la departamentalización. ¿Qué es lo que estaba en juego? En 1946 Martinica llevaba ya varios siglos siendo una colonia francesa, y desde principios del siglo XX, si no desde antes, los martiniqueses esperaban escapar al status colonial convirtiéndose en un “departamento” más de Francia, esto es, convirtiéndose en ciudadanos franceses de pleno derecho, con todas las ventajas de los residentes de la Francia metropolitana. Además, ese ideal estaba teóricamente en consonancia con la ideología dominante en Francia durante mucho tiempo, una ideología de igualdad para todos a través de la “asimilación” en la cultura, y con ella en la vida política. Césaire ya dudaba de esta mitología, pero nos cuenta que cuando subió al barco que lo llevaría a Francia para incorporarse a la Asamblea Nacional, un viejo comunista le dijo: “Recuerda: lo que queremos es que vuelvas de Francia con un estatuto nuevo para Martinica: Martinica como Departamento francés” (Louis, 2003, pp.49-50).

Césaire cuenta que lo consiguió porque no se tomó el consejo muy seriamente, porque creía que lo que los martiniqueses entendían por asimilación no era tal, sino la igualdad. Persiguió ese objetivo bajo la consigna de la departamentalización y lo justificó de esta forma:

¿Por qué pedí la departamentalización? Esa idea, para mí, era más social que política. Lo que querían los martiniqueses en su conjunto, que reventaban entonces literalmente de hambre, era obtener salarios equivalentes a los de los franceses de Francia. Eran las leyes sociales aplicadas en Francia, votadas pero no aplicadas en Martinica. Era

todo ese paquete social a lo que aspiraban los martiniqueses. Y bien, nosotros luchamos por eso. Pero hay que decir que por la parte francesa preveían otras ideas, y no recibimos mucha ayuda en ese sentido (Louis, 2003, p. 51).

Esta declaración, realizada en 2003 reflexionando sobre sus iniciativas en 1946, debería compararse con la que realizó en 1982 en un debate en la Asamblea Nacional:

Querría hacer una declaración de principios. Veo que algunos de ustedes no quieren renunciar a las ilusiones de su juventud y que se aferran desesperadamente a un conjunto de nociones erigidas en dogma, como si estuviésemos todavía en 1946, o incluso en 1848, y como si la Historia no se hubiera encargado de saldar sus cuentas con un buen número de doctrinas y de ideologías. Entre estas doctrinas, hay una que siempre me sorprende ver resurgir periódicamente: es la de la asimilación y la integración.

Entiéndaseme bien: el “asimilacionismo” es una doctrina que nadie puede defender seriamente hoy. El asimilacionismo es una antigualla doctrinal que hay que guardar en el almacén de los trastos. No hay asimilacionismo de izquierdas, porque no podría ser de izquierdas una doctrina, una práctica que evacua pueblos enteros de la Historia y los coloca en el anonimato.

Nuestra época es la de la identidad reencontrada, la de la diferencia reconocida, la de la diferencia mutuamente consentida y, por consentida, superable en la complementariedad, lo cual hace posible, espero, una solidaridad y una fraternidad nuevas (Moutoussamhy, 1993, p. 144).

Esta combinación de la búsqueda de la igualdad y de la proclamación de la identidad impregna todos los escritos de

Césaire. Llama la atención que su *Discours sur le Colonialisme* se abra, no con un análisis de los efectos del colonialismo sobre los colonizados, sino de sus efectos sobre los colonizadores:

Una civilización que se muestra incapaz de resolver los problemas que suscita su funcionamiento es una civilización decadente. Una civilización que escoge cerrar los ojos ante sus problemas más cruciales, es una civilización herida. Una civilización que le hace trampas a sus principios, es una civilización moribunda (2004 [1950], p. 7).

Y a continuación eleva el tono:

Habría que estudiar en primer lugar cómo la colonización trabaja para descivilizar al colonizador; para embrutecerlo en el sentido literal de la palabra, para degradarlo, para despertar sus recónditos instintos en pos de la codicia, la violencia, el odio racial, el relativismo moral; y habría que mostrar después que cada vez que en Vietnam se corta una cabeza y se revienta un ojo, y en Francia se acepta esto, que cada vez que se viola a una niña, y en Francia se acepta esto, que cada vez que se tortura a un malgache, y en Francia se acepta esto, habría que mostrar, digo, que cuando todo esto sucede se está verificando una experiencia de la civilización que pesa por su peso muerto, se está produciendo una regresión universal, se está instalando una gangrena, se está extendiendo un foco infeccioso, y que después de todos estos tratados violados, de todas estas mentiras propagadas, de todas estas expediciones punitivas toleradas, de todos estos prisioneros maniatados e “interrogados”, de todos estos patriotas torturados, después de este orgullo racial estimulado, de esta jactancia desplegada, lo que encontramos es el veneno instilado en las

venas de Europa y el progreso lento pero seguro del ensalvajamiento del continente (2004 [1950], p. 12).

Lo que Césaire parece estar argumentando es que el colonizador tiene más que perder de la situación colonial que el colonizado, ya que a éste, aunque oprimido, le resulta natural protestar y luchar. El colonizador se ve rebajado por su propia renuncia a la civilización y le resulta muy difícil reconocer la raíz de su ruina; y es precisamente esa lección la que Césaire deseaba impartir al PCF al explicar su abandono de éste:

No es que deseemos combatir solos desdénando cualquier alianza. Se trata de la voluntad de no confundir alianza y subordinación, solidaridad y renuncia. Ahora bien, eso es precisamente lo que nos amenaza a algunos como consecuencia de los fallos tan evidentes que constatamos entre los miembros del Partido Comunista Francés: su asimilacionismo inveterado; su chovinismo inconsciente; su convicción casi innata —que comparten con la burguesía europea—, de la superioridad de Occidente en todos los terrenos; y su creencia de que la evolución que tuvo lugar en Europa es la única posible, la única deseable y que es por la que tendrá que pasar todo el mundo. Y para decirlo todo, su creencia raramente manifestada, pero real, en la Civilización con C mayúscula, en el Progreso con P mayúscula (lo que atestigua su hostilidad a lo que llaman con desdén el “relativismo cultural”). Defectos todos ellos que culminan en la casta literaria que dogmatiza sobre todo y sobre nada en nombre del Partido (en Ngal, 1994 [1956], p. 138).

Césaire reprochaba específicamente a Thorez el voto del PCF en favor de la concesión de plenos poderes al gobierno de Mollet en Argelia, señalando tal hecho como

muestra de que el partido subordinaba la cuestión colonial a una cierta totalidad supuestamente más importante; posición que Césaire consideraba totalmente inaceptable. Los editores de *Présence Africaine*, al presentar su *Lettre*, la consideraban una denuncia del imperialismo cultural.

Césaire concluía su argumentación concentrándose en la cuestión de lo universal y lo particular:

Anticipo una objeción. ¿Provincianismo? En absoluto. No me entierro en un particularismo estrecho. Pero tampoco quiero perderme en un universalismo descarnado. Hay dos maneras de perderse: por segregación amurallada en lo particular o por dilución en lo “universal”. Mi concepción de lo universal es la de un universal depositario de todo lo particular, depositario de todos los particulares, profundización y coexistencia de todos los particulares (en Ngal, 1994 [1956], p. 141).

Y volvía sobre ese tema en su exposición de la *negritud* en 1987:

Creo que se puede decir, en general, que la negritud ha sido históricamente una forma de rebelión, en primer lugar contra el sistema mundial de la cultura tal como se había constituido durante los últimos siglos y que se caracteriza por cierto número de prejuicios, de presuposiciones que conducen a una jerarquía muy estricta. Dicho de otra forma, la negritud ha sido una rebelión contra lo que yo llamaría el reduccionismo europeo (2004 [1987], p. 84).

O dicho de otro modo.

Lo universal, sí, Pero hace ya mucho Hegel nos mostró el camino: lo universal, por

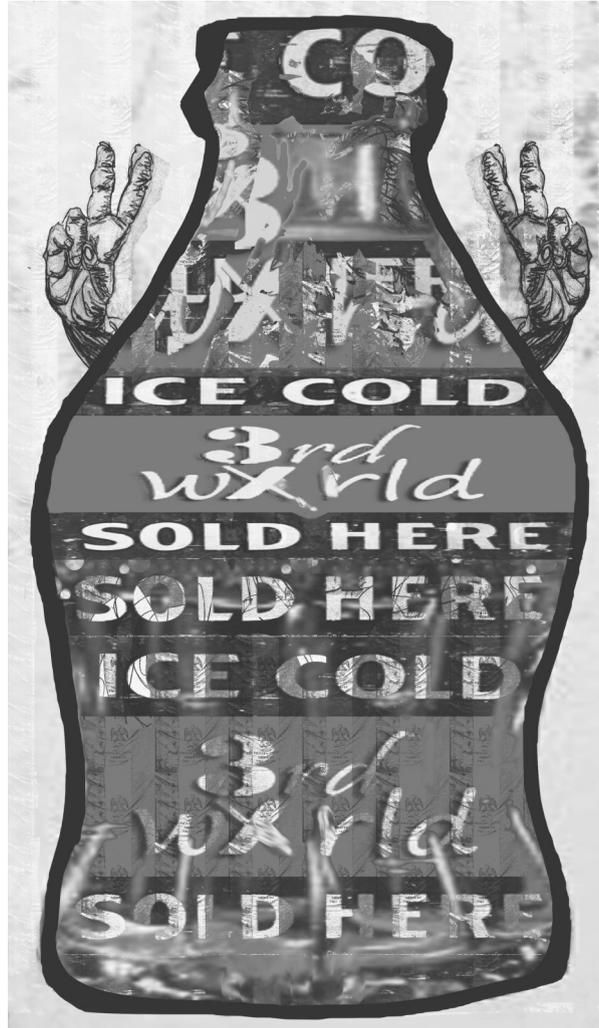
supuesto; pero no por negación, sino como profundización de nuestra propia singularidad (2004 [1987], p. 92).

Césaire nos ofrece una clara vía para analizar las relaciones entre colonialismo, comunismo y negritud (o más en general la afirmación de la identidad cultural). Lo primero es la demanda de igualdad; pero ésta incluye los derechos iguales de múltiples formas y realidades culturales a existir, a prosperar, a florecer y a contribuir a un universal constituido por la interacción recíproca de todas las singularidades. Esta formulación estaba muy poco extendida, y menos aceptada, en 1913, cuando nació Césaire, o incluso en 1946 cuando se incorporó a la vida política; pero tan sólo diez años después, en 1956 –el año del levantamiento húngaro y del ataque imperialista contra Suez, el año del discurso de Kruchov ante el 20º Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética y del Primer Congreso de Escritores y Artistas Negros celebrado en París, el año de la *Lettre à Maurice Thorez* de Césaire–, la izquierda mundial se vio sacudida por un tsunami cultural que conduciría inexorablemente a la revolución mundial de 1968, al colapso de la

URSS en 1989, y al Foro Social Mundial como foco del resurgimiento de la izquierda mundial en el siglo XXI.

La izquierda mundial está debatiendo todavía cómo configurar una forma de universalismo constituida por la profundización de múltiples particularidades, pero en la medida en que podamos vibrar con Césaire –en primer lugar y ante todo un poeta–, podremos oír mejor las muchas tonalidades, sopesar las difíciles opciones, sin perdernos en una versión estéril y opresiva del universalismo ni quedar atrapados en una forma agresiva y autolimitadora de particularismo. Éste es el desafío para la izquierda mundial en su intento de construir otro mundo, un mundo posible frente al desmoronamiento de la economía-mundo capitalista que estamos viviendo. Las fuerzas colonizadoras están todavía ahí, y están decididas a mantenerse. Siguen descivilizándose, cada vez más, y más peligrosamente. La combinación de pasión enfurecida y respuesta cultural sobria que encarnaba Césaire nos servirá sin duda en este periodo de caos y transición.





Autor: Dulce Isabel Aguirre Barrera
Título: "Import Export"
Técnica: Medios Mixtos
